

LOS ESCLAVOS

Todos marchamos en fila, desnudos, golpeados, hambrientos. Todos obedeciendo lo que nos ordena nuestro gran jefe. Perdón, Gran Jefe se debe escribir con mayúsculas y no con minúsculas. En la fila vienen ancianos, mujeres, hombres, recién nacidos, jóvenes de ambos sexos. Uno tras el otro. La columna es interminable. Somos miles y miles los esclavos. A ninguno le pagan nada, al contrario somos maltratados, pateados. Marchamos atados de las manos, con poca ropa, descalzos. Más de uno nos hemos tratado de rebelar contra esta tiranía. Inútil. Él siempre gana. Pensé, equivocadamente, que ahora que soy anciano se me iba a respetar. Qué iluso. Ahora su poder se siente más y más. Es opresor. Está presenta mañana, tarde y noche. Ya no puedo pensar en otra cosa sino en Él, y que quede constancia que el Él lo escribí con mayúsculas igual que como escribo la palabra Dios. ¿Será nuestro verdadero Dios y no el otro? Éste está presente en todo momento, el Otro sólo cuando lo necesitamos o si lo está no lo sentimos. El primero es concreto, el segundo abstracto. Al primero lo numeramos, va del uno al infinito. El segundo es infinito pero no lo podemos contar. ¿A cuál de los dos hacerle caso, a cuál de los dos adorar? Sabemos que debemos adorar a Dios pero adoramos al otro, le rendimos pleitesía. Todos. Nadie se salva. Imágenes de Dios existen por miles: crucifijos, pinturas, estatuas. Y eso por hablar del Dios cristiano. De los otros dioses también existen miles de representaciones. Pero no son nada junto a las que dedicamos a nuestro amo. Al menos cada persona en el mundo tiene uno, muchos tienen dos, tres, cinco o más. Son millones y millones. Si las pusieramos una sobre la otra alcanzaría alturas que ningún monte del mundo tiene, ni el Everest. A Dios le decimos bellas oraciones, a Él sólo le pedimos una cosa: Retrocede, te lo pedimos. Retrocede. Y en ese momento lloramos, nos desgarramos la ropa, gemimos, aullamos. Pero Él no nos escucha, sigue hacia delante llevándonos a todos al gran precipicio. El precipicio que es la muerte. ¡Te odio Tiempo! No, no es cierto, te amo. Mira, yo tengo seis relojes para recordar tu imagen en todo momento. Apíadate de mí. Retrocede aunque sea unos días.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007